

ran tantas predicciones; sobre el que iluminó al linage humano, y reveló á las almas que son capaces de comprehenderla, una teología, que los eleva sobre todos los objetos terrenos? ¿Nos persuadirá á que los prefiramos á aquel que se acomodó á la capacidad de los sencillos, de las mugeres, de los esclavos, de todos los hombres, en una palabra, que no pueden esperar de ningun otro las instrucciones y auxilios necesarios, para vivir en la piedad y en la virtud?

N. 42. Celso cita un pasage de Platón que dice, que *es cosa muy difícil hallar al padre y arquitecto del universo; y que es imposible, una vez hallado, hablar de él, de suerte que todo el mundo llegue á conocerlo.*

De aquí se infiere, que el hombre puede absolutamente hallar á Dios con solas sus fuerzas. Pero si esto fuera así, si Platón y los demás Griegos hubieran encontrado al Criador del universo, lo hubiesen adorado, y no hubiesen adorado á otro ninguno; porque este gran Dios no sufre que se le asocie ningun otro sér. Así, pues, nosotros afirmamos, que no es posible hallar, ni aún buscar á Dios sin el auxilio de aquel á quien se busca, y que se dexa encontrar de aquellos, que habiendolo buscado, en quanto está de su parte, reconocen que no pueden hallarlo sin él en cuyo caso se les manifiesta, en quanto el hombre, en quanto el alma abrumada por el cuerpo, es capaz de conocerlo.

N. 43. Platón da á entender en este pasage, que solamente un corto número de personas puede hablar de Dios, y darlo á conocer: pero nosotros pensamos que el discurso humano, no solo no podria explicar la naturaleza de Dios, sino que ni aún tampoco la de muchos seres inferiores á Dios. Con todo, es cierto que se ve á Dios, puesto que leemos: *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios (Matt. 5).* Y la imágen del Dios invisible dixo: *el que me ve á mí, ve tambien á mi Padre que me ha enviado (Joan. 14).* Pero no se han de entender estas palabras, en un sentido grosero, del cuerpo mismo de Jesus; porque si así fuera, aquellos que clamaban, *crucifícadlo, crucifícadlo*, se seguiria, que habian visto tambien al Padre, lo qual sería un absurdo. Ni Jesus responderia tampoco á los Discípulos que le pedian, que les mostrase á su Padre: *Ta hace tanto tiempo que estoy con vosotros, y todavía no me habeis conocido.*

N. 44. Celso se imagina, que se puede adquirir el conocimiento de Dios y del sumo bien, por medio del método usado en las ciencias humanas, por la reunion, por la separacion de muchas ideas, por analogía. Pero quando el Verbo de Dios nos dice, que *nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se lo ha hecho conocer (Matt. 11).*, nos enseña, que no se puede conocer á Dios sin una gracia especial, sin inspiracion divina. Paréceme en efecto, que es-

te conocimiento excede á las facultades de la naturaleza humana (esto es lo que ha ocasionado tantos errores acerca de la Divinidad), y que Dios, por amor á los hombres, concede gustosamente esta gracia verdaderamente divina, á los que prevee que vivirán de un modo digno de tan sublime conocimiento, y que perseverarán en la piedad, á pesar de las amenazas mas horribles, y á pesar de las risadas de los profanos, que se forman ideas de la piedad, enteramente opuestas á la verdad.

Viendo Dios el soberbio desprecio con que los Filósofos miraban al resto de los hombres, solo porque mediante la fuerza de su razon, habian llegado á conocer á Dios y las cosas divinas, al paso que corrian como el pueblo á los templos, á postrarse delante de vanos simulacros; viendo esto Dios, repito, quiso escoger los necios segun el mundo, los hombres sencillos y sin letras, mas modestos, mas hombres de bien que los Filósofos, para que confundieran á los pretendidos Sábios, que no se avergonzaban de dirigir sus votos á unos ídolos sin vida, como si fueran verdaderamente Dioses. ¡Hay cosa mas digna de compasion que una ceguedad semejante! ¡Véase á dónde vienen á parar todas esas sublimes especulaciones acerca de la Divinidad!

Pero el mas ínfimo Christiano, que sabe que el mundo entero es el templo de Dios, invoca á Dios en todas partes; cierra los ojos del cuer-

po y levanta los del alma, guiado por el Espíritu Divino, se eleva con el pensamiento mas allá de los cielos, y en algun modo mas allá del mundo; dirige á Dios sus ruegos, pero nada le pide que sea baxo, comun, ó carnal; no le pide sino cosas importantes y verdaderamente divinas, que puedan conducirlo á la bienaventuranza, que reside en él, por medio del Verbo su Hijo, que es Dios.

N. 45. El número 45. no contiene sino repeticiones y sutilezas filosóficas, acompañadas de injurias, que es el lenguaje ordinario de Celso.

N. 46. 47. y 48. Celso continúa impugnandonos con injurias. Nosotros, muy lejos de hablar este lenguaje, aprobamos con gusto todo lo bueno que nuestros adversarios dicen, sin andar con tranquilas, ni impugnar lo que es verdad: y así le responderemos solamente, que quando se ponga á infamar y calumniar á los adoradores del único verdadero Dios, para quien es igualmente acepta la fe ciega de los sencillos, que la ilustrada de los Sábios, se guarde mucho de perder la equidad y moderacion, cuya semilla ha sido sembrada por el Criador del universo en todos los corazones.

Por lo demás, no somos nosotros los únicos, á quienes el Sér supremo se ha manifestado; pues tambien se ha dado á conocer á muchos Filósofos, que han conservado la verdad de Dios en la injusticia, y que por consiguiente son inex-

cusables; pues á pesar de sus luces, no lo han glorificado como á Dios, ni le han tributado gracias, sino que se han desvanecido en sus pensamientos, convirtiendo la gloria del Dios incorruptible en simulacros de hombres y de animales corruptibles. Por eso se ve, que abandonados de Dios á su profunda depravacion, se han contaminado y deshonrado por toda especie de excesos y de disoluciones." (*Rom. I.*)

Al contrario, aquellos á quienes nuestros Adversarios tratan con tanto desprecio, llamandolos ignorantes, insensatos y esclavos; esos mismos, desde el punto en que abrazaron la fe en Jesus, renunciaron á todos sus hábitos viciosos, y llevan una vida casta é irreprehensible; y muchos de ellos, consagrados únicamente á la oracion y al ministerio de los altares, guardan perpetua continencia; sin que con ellos puedan ser comparados algunos Sacerdotes idólatras, como por exemplo, el único Hierofante de Atenas, que necesita de remedios para preservar su debil y equívoca virtud (a). El Verbo de Dios los conserva puros y perfectos. Ni puede tampoco compararse con las Vírgenes Christianas, ese corto número de Vírgenes verdaderas ó pretendidas, consagradas al culto de los Dioses; porque las primeras no tienen que esperar honores, gloria,

(a) Se suprimen en este lugar algunas particularidades, que nuestras costumbres no permiten que se refieran.

ni riquezas; ni tienen tampoco necesidad de ser por este medio recompensadas del sacrificio que hacen á Dios, cuya gracia por sí sola las mantiene, y cuya fe, la sabiduría y la decencia, son la única regla de su conducta. En una palabra, todas las virtudes son compañeras inseparables de su virginidad.

N. 49. Nosotros no queremos negar ni censurar las verdades y bellezas que los Griegos y Filósofos han dicho; pero confesemos de buena fe, que son muy inferiores á los Profetas de Dios, y á los Apóstoles de Jesus. Nuestros Sábios han profundizado la sublime doctrina que Jesus nos ha revelado. *Ella reside en su corazon*, dice el Salmista, *y su boca anunciará la justicia y la sabiduría* (*Sal. 36.*). Pero ¿qué estamos? Aún aquellos, que por falta de instruccion, ó por cortedad de talentos, son incapaces de penetrarla, no por eso tienen una fe menos viva en el Dios supremo y en el Verbo su único Hijo; y hacen ver constantemente en su vida una gravedad, una inocencia, un candor, una humildad, que dexarán siempre confundidos á todos esos falsos sábios, tan licenciosos en sus costumbres, como vanos en sus discursos.

N. 50. Nuestras Escrituras nos enseñan que todos los hombres son ya pecadores al tiempo de nacer, y que fuéron concebidos en la iniquidad; y nos inculcan la vanidad de esta vida y de todas las cosas terrenas. *Vanidad de vanidades*, dice

el Eclesiastes, y toda vanidad. (Eccles. I.) ¿Quién sabe, dice Eurípides, si el vivir es morir, y el morir es vivir? Luego Eurípides nada sabe, puesto que no sabe sino dudar. Nuestras Escrituras hablan clara y afirmativamente acerca de todas las verdades que nos interesan. ¿Quién me libertará, dice Pablo, de este cuerpo de muerte? «Mientras permanecemos en este cuerpo, estamos separados del Señor: por eso deseamos separarnos de este cuerpo, para reunirnos al Señor.» (Rom. 8. II. Cor. 5.)

N. 51. y 52. Quanto es grande el agravio que Celso nos hace, tratandonos de ignorantes, tanto es poderoso el fundamento que nosotros tenemos, para tratar de ciegos á los que se imaginan honrar á la Divinidad, adorando vanos simulacros. Qualquiera que tenga abiertos los ojos del alma, no puede menos de estar convencido de que no hay otro medio de honrar á la Divinidad, que el de dirigir todos los votos y todos los homenajes al Criador del mundo, y hacerlo todo en su presencia, puesto que conoce nuestros mas secretos pensamientos. Nosotros deseamos ser guías de esos ciegos, y conducirlos al Verbo de Dios, que aclarará los ojos de sus almas, y disipará sus tinieblas; y aún nosotros mismos si hacemos obras dignas del que dixo á sus Discípulos, *vosotros sois la luz del mundo*, seremos la luz de los que están en las tinieblas, comunicaremos la sabiduría á los insensatos, é

instruiremos á los ignorantes. Los que siguen la doctrina de Jesus, adelantan con paso firme en la carrera de la vida, hasta que habiendo llegado al término, dicen con Pablo: «yo he peleado con valor, he acabado mi carrera: ya no me queda, sino recibir la corona de justicia.» (II. Tim. 4.)

N. 53. 54. y 55. «Si os habeis propuesto innovarlo todo, nos dice Celso, ¿por qué no habeis escogido alguno de aquellos personajes, que han muerto gloriosamente, y á quienes hubierais podido, con alguna verisimilitud, hacer pasar por Dioses, como por exemplo, Hércules, Esculapio, Orfeo? ¿No podiais haber puesto los ojos en Anaxárcos, que murió con tanto valor, que habiendo sido machacado en un mortero, hacia burla del suplicio, y le decia al Tirano: *¿biere la bayna de Anaxárcos, porque Anaxárcos nada siente?* ¿No teniais tambien á Epicteto? De quien se cuenta, que habiendole dado de golpes su maestro en una pierna, le decia sonriendo, *tú me la romperás*; y quando se la rompió en efecto, *bien decia yo*, añadió con la misma serenidad. ¿Qué ha hecho jamás vuestro Dios, que pueda compararse con lo que acabo de decir? Finalmente, solo por no reconocer por Dios á un hombre, que puso término á una vida despreciable con una muerte miserable, debiais primero creer en la Sibila, en Jonás, en Daniél, ó en qualquiera otro, cuya vida pre-

resentase á lo menos algunos prodigios.“

Celso nos cita á Hércules: pero ¿por qué no hace la apología de sus flaquezas, y de su esclavitud baxo el poder de Onfale? ¿Por qué no nos prueba, que sus latrocinios merecieron los honores del apoteosis? De Esculapio he hablado ya en otra parte: por lo que respeta á Orfeo, bien sabidos son sus versos acerca de los Dioses; los quales son todavía mas reprehensibles que los de Homéro.

El rasgo de valor de Anaxárco y de Epictéto, es admirable sin duda alguna; pero no basta eso para que los hagamos Dioses. ¿Qué comparacion tiene todo eso con la infinidad de acciones y discursos de Jesus, en que la sabiduría y el poder divino se manifiestan con tanto resplandor? Como que sus discursos tienen todavía la virtud de convertir á los que los leen. La dulzura, la paciencia inalterable, el silencio de Jesus en medio de las injurias, de los escarnios, de los trabajos y de los tormentos; sí por cierto, su silencio es mas admirable y mas divino, que todo quanto puedan haber dicho los Sábios que nos oponen.

N. 56. y 57. Celso nos acusa de que hemos insertado impiedades en los escritos de la Sibila, de la qual quisiera él, no sé por qué, que nosotros hubiésemos hecho una Divinidad. A cada instante repite tambien, pero sin alegar jamás prueba alguna, que hay cosas vergonzosas en la

vida de Jesus: mas si las hubiera efectivamente, ¿cómo era posible que hubiese dexado de referirlas? Dice que Jesus padeció una muerte miserable; pero pregunto, ¿la de esos Filósofos, de quienes habla con tanto elogio, lo es menos? En todo se ve manifestamente, que Celso no tira sino á obscurecer y calumniar la memoria de Jesus, siguiendo para esto las sugerencias de aquel espíritu engañoso, de quien Jesus triunfó, robándole sus adoradores, los quales en desprecio del verdadero Dios, no cesaban de ofrecerle víctimas y sacrificios.

Quisiera además, que nosotros adorásemos como á Dios á Jonás, que solamente predicó la penitencia á la ciudad de Nínive; ó á Daniél, preservado milagrosamente del furor de los leones; con preferencia á Jesus, que hizo anunciar la penitencia á toda la tierra, murió por la salvacion de los hombres, de quien los Profetas de Dios diéron testimonio, y el qual venció á todas las Potestades enemigas de la salvacion de los hombres, obró tantos prodigios, y comunicó á sus Discípulos la virtud de obrarlos por sí mismos, y *de bollar á sus pies las serpientes, los escorpiones, y todo el poder del enemigo.* (Luc. 10.)

N. 58. «Esta es, dice Celso, una de sus máximas: jamás será permitida la venganza; y quando uno sea herido en una mexilla, deberá presentarse la otra. Lástima es, que esta máxima sea tan antigua, y que la hallemos mas elegante-

mente explicada en Platón, el qual concluye en su Critón, diciendo, que nunca es permitido volver el mal en cambio del mal, por grande que sea el agravo recibido.“

N. 59. Sean los que fueren los autores de esta máxima, ó los Griegos, ó los Profetas, ó los Apóstoles de Jesus, no por eso es menos sabia, ó menos perfecta: quanto mas que se sabe ciertamente, que los libros de los Judíos son mucho mas antiguos que todos los demás. No es del caso que los Griegos sean superiores á los Judíos en quanto á la elegancia y eleccion de las expresiones: además de que los libros de los Judíos, independientemente de una composicion llena de sabiduría, no están tampoco desnudos de aquellos adornos, que permite el genio de su lengua.

Tambien podria decir, que el estilo de los Hebréos y de los Christianos conviene mucho mejor á la instruccion, que no el de los Filósofos; lo que probaré con una comparacion familiar. Supongamos dos cocineros, de los cuales el uno prepare la comida solamente para un corto número de personas ricas y de un gusto exquisito, y el otro disponga alimentos sanos y nutritivos para el pueblo. ¿Cuál, pregunto, de los dos deberá ser preferido? A mí me parece, que quanto el bien público es superior al de los particulares, tanto el segundo talento es superior al primero.

N. 60. No hay cosa mas natural, que aplicar á los alimentos del alma, lo que acabamos de decir de los del cuerpo. Platón y los demás Sabios se parecen á aquellos Médicos, que únicamente miran por la salud de las personas calificadas, y descuidan de la muchedumbre; pero los Profetas de los Judíos, deseosos de ser útiles al pueblo, procuráron acomodarse á su capacidad, y con este fin desterráron de sus discursos todas las expresiones exquisitas, y aquella sabiduría carnal que afecta la obscuridad. Finalmente, unos discursos que tienen la fuerza de persuadir y convertir á un número prodigioso de hombres, ¿no deben ser preferidos á los que no son inteligibles, sino para un cortísimo número de personas?

Un Griego, que se propusiera enseñar la sabiduría á los Egipcios y á los Sirios, no les hablaría en Griego, porque no lo entenderian, sino en Egipcio ó Siriaco, por bárbaros que sean estos idiomas para los Griegos. Pues del mismo modo, el Verbo Divino, que no se propuso únicamente la salvacion de los Filósofos Griegos, sino la de todos los hombres, descendió hasta ellos, y tomó su lenguaje mas familiar, para atraer al pueblo, y empeñarlo despues, á que procurara penetrar los sentidos profundos y misteriosos de su Escritura: porque no hay quien haya estudiado nuestros libros, y no haya descubierto en ellos ciertas verdades, que no se pre-

sentan á primera vista. ¿Qué digo? Quanto mas ardor y aplicacion se pone en ellos, tanto mas verdades se descubren.

N. 61. No hay cosa mas sencilla verdaderamente, ni mas popular, que aquellas palabras de Jesu Christo: «Si alguien te hiriere en una mejilla, preséntale la otra; y si quisiere robarte la túnica, alargale tambien la capa.» (*Matt. 5.*) Estas expresiones han producido seguramente mas fruto que los Diálogos de Platón; los cuales, lejos de poder ser leidos de la muchedumbre, apenas son entendidos de los jóvenes, que acabados sus estudios, frecuentan las escuelas de los Filósofos. Estas sublimes máximas de moral, estos divinos preceptos de paciencia y de caridad, no merecen por cierto la rigorosa censura de Celso, ni pierden tampoco nada de su precio, porque sean enunciados en términos sencillos y vulgares.

N. 62. Queriendo Celso probar, que nada tenemos nosotros, que nos haga superiores á ninguna secta, continúa de este modo: «Los Christianos no pueden sufrir templos, altares, ni simulacros; en lo que se parecen á los Escítas, á los Nómados, á los Seres y á los Persas: ni creen tampoco, que el oro, la plata, ó el cobre pulimentado por mano del hombre, puedan hacerse un Dios. Pero ¿quién lo cree, sino es que sea algun insensato? Todos esos son dones consagrados á los Dioses, é imágenes de los

«Dioses. Y si es que los Christianos piensan, que las estatuas no es posible que sean imágenes de los Dioses, porque los Dioses son hechos muy diferentemente, se contradicen torpemente, puesto que enseñan que Dios formó al hombre á su imagen. Ni aquí paran; sino que niegan, que aquellos á quienes se erigen esas estatuas, sean Dioses; y pretenden que no son sino Demonios, y que un adorador del verdadero Dios, no puede sin hacerse criminal, tributar culto alguno á los Demonios.»

N. 63. y 64. Responderé á Celso, que para compararnos con los Escítas, con los Nómados, con los Seres y con los Persas, no basta que todos estos rehusen los templos, los altares y las estatuas de los Dioses: era menester además, que lo hiciesen por las mismas razones que nosotros. Los discípulos de Zenón y de Epicuro se abstienen del adulterio; pero por motivos muy diferentes: los primeros, por amor al orden y á la justicia; los segundos, por el temor de las consecuencias, por su principio mismo, que es el amor al deleyte al que perjudican los placeres indiscretos. Porque un Epicureo se permitiría sin escrúpulo el adulterio, si estuviera seguro de que podría ocultarlo á todos aquellos, de cuyo resentimiento ó desprecio debia estar rezeloso.

Así que, todos esos pueblos rehusan los ídolos, por adhesion á sus falsos dogmas, mas no por respeto á la Divinidad, y por no degra-

darla y prostituir su culto á los Demonios. Pero los Judíos y Christianos miran con horror los templos y los ídolos, porque está escrito en su ley: »No adorarás ni temerás sino al Señor tu Dios, ni servirás sino á él. No tendrás otros Dioses que á mí. No te formarás ningun ídolo ni imágen, ya de lo que está en el cielo, ó sobre la tierra, ó en las aguas, con el fin de adorarla.“ (*Deut. 6. Mat. 4. Exod. 20.*) Y así, primero sufrirán mil muertes, que manchar con la impiedad el culto puro que tributan al único verdadero Dios.

N. 65. y 66. Es verdad que los Persas no tienen templos, pero adoran al sol y á las criaturas; lo que nos está expresamente prohibido á nosotros. Por lo demás, no solamente es un crimen el adorar á los ídolos, y dirigirles votos; sino que tambien lo es el aparentarlo fingidamente, y dexarse arrastrar á los templos, por el exemplo y autoridad de la muchedumbre, como hacen los Filósofos, los Discípulos de Aristóteles, de Epicuro y de Demócrito. Su exemplo contribuye á arrastrar y seducir tambien á otros, que creen sincéras las demostraciones de esos falsos Sábios.

Nosotros decimos tambien, que los simulacros no pueden ser imágen de Dios, y nó por eso tememos incurrir en contradiccion alguna, como Celso nos acusa. Porque jamás hemos dicho, que la imágen y semejanza de Dios se ha-

llase en el hombre entero, sino solamente en el alma, que está dotada de razon, y formada por la virtud.

N. 67. 68. 69. y 70. Celso nos acusa vigorosamente, porque no tributamos culto alguno á los Demonios. »¿Por ventura, dice, no acontece todo segun la voluntad de Dios? ¿No lo arregla todo su providencia? Lo que hacen los Angeles, los Demonios, ó los Héroes, ¿no es conforme á la ley establecida por ese gran Dios? ¿No reciben de él su poder y su ministerio los Demonios? Luego el que tributa un culto á Dios, »debe tambien tributarlo á los Demonios.“

Muchas cosas habia que exáminar y refutar en esta objecion: pero nos contentaremos con decir, que Celso no conoce absolutamente la naturaleza de los Demonios, los quales es cierto, que fuéron criados en la inocencia y la santidad, pero se pervirtiéron ellos mismos, revelandose contra su Criador. Por eso vemos que no se emplean sino en hacer mal. ¿Por qué, sino, los invocan los Mágicos, y los que usan de sortilegios? Y nosotros ¿no los arrojamos tambien todos los dias de los cuerpos de los hombres, y aún de los animales?

Es falso que todo suceda por orden de Dios, y conforme á su ley: de lo contrario, todos los pecados y todos los crímenes dimanarian de Dios, y serian conformes al orden eterno. Quando los hombres pecan, así como los Demonios, desobe-



